

**COMUNICADO SOBRE EL FORO LA TRASCENDENCIA DEL ZAPATISMO
CON LA PARTICIPACIÓN DE MARÍA HERRERÍAS GUERRA, FELIPE ÁVILA
ESPINOSA, ÉDGAR ROJANO GARCÍA Y SALVADOR RUEDA SMITHERS**

9 DE ABRIL DE 2014



(Edgar Rojano García, María Herrerías Guerra, Felipe Ávila Espinosa y Salvador Rueda Smithers)

Con motivo de la conmemoración del centenario de la muerte de Emiliano Zapata, acaecida el 10 de abril de 1914 en Chinameca, Morelos, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revoluciones de México (INEHRM) realizó el foro Trascendencia del zapatismo, en el que participaron los especialistas María Herrerías Guerra, Felipe Ávila Espinosa, Édgar Rojano García y Salvador Rueda Smithers.

María Herrerías Guerra abordó el papel de las mujeres en el movimiento zapatista y la visión que de ellas tenía la prensa. Expuso cómo se vivieron los acontecimientos, haciendo una reflexión sobre la cultura y los valores de la época.

Herrerías Guerra, quien ha estudiado la historiografía de la prensa en el siglo XIX y entre los libros de su autoría cuenta con el titulado *El zapatismo visto desde la modernidad*, refirió que las mujeres zapatistas no sólo apoyaban el movimiento desde sus comunidades, sino que algunas estaban involucradas de forma más directa, ya fuera preparando alimentos o en actividades de la propia guerra, como la preparación de cartuchos, tendiendo emboscadas o realizando estrategias para despistar al enemigo.

En la prensa se reportaba que servían de correo, como mensajeras o propagandistas. Incluso había quien las acusaba de “sanguinarias”, que se vestían de hombres para participar en las batallas y se reportaba la participación de una doctora.

Para finalizar, Herrerías señaló que gran parte de la prensa ridiculizaba a las mujeres que simpatizaban con Zapata, “si éste fue ridiculizado por la prensa en su momento, lo fueron más quienes los seguían”, concluyó.

Por su parte, Edgar Rojano, profesor de historiografía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y quien en 2004 obtuvo el segundo lugar del Premio General Emiliano Zapata, dedicó su exposición a describir el origen social de los integrantes del Ejército Libertador del Sur que, a diferencia de los ejércitos del norte, estuvo compuesto por campesinos en su mayoría, muchos de los cuales alternaban su participación en la guerra con sus actividades agrícolas que no dejaban de atender.

Por ello fue que este ejército se mantuvo con muy pocos recursos. La prensa los describía como “puros calzonudos”, “puros pobrecitos”; “pero es los campesinos de Morelos se organizaron para defender sus propiedades. Estaban contra la violencia y eran fieles a su tradición del cultivo de la tierra. No era un ejército militar, era un pueblo en armas”, recordó Rojano.

El maestro Salvador Rueda Smithers puso énfasis en el valor emblemático de la lucha campesina que representó Zapata. Sin embargo, señaló que ahora, en el siglo XXI, se ha convertido en un ícono urbano, no solamente en México, sino en muchas partes del mundo.

Se refirió al comportamiento del zapatismo en su zona de influencia, con una administración cotidiana de la justicia, la resolución de los problemas individuales de los ciudadanos y el mantenimiento del orden. En el Plan de Ayala, expresó el destacado investigador quien fue director de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, se daba gran importancia a la organización de los ayuntamientos, con un gobierno parlamentario ideado por Zapata y su cuerpo cercano de dirigentes. “El origen de este pensamiento, son los ayuntamientos novohispanos a los que el propio Miguel Hidalgo concedía mucha relevancia”, aseguró.

En las ciudades dominadas por los criollos españoles, recordó el maestro Rueda, el poder giraba en torno del rey y su corte. En cambio, en los pueblos indios o campesinos funcionaban los ayuntamientos, en los que participaban con igualdad los pobres y los ricos para elegir a sus gobernantes.

La línea de filiación política y cultural de participación se mantuvo como una herencia de los pueblos indios, a los que se fue despojando de sus formas de gobierno. Esto era una parte importante que se pretendía recuperar con el Plan de Ayala, considerando el nombramiento de sus representantes y las funciones de su competencia.

Autor de más de 10 libros especializados, entre ellos *El paraíso de la caña*, que trata sobre la idiosincrasia del zapatismo, Rueda Smithers concluyó que el modelo de gobierno revolucionario de los zapatistas era el reflejo de la “república india”.

Por último, Felipe Ávila Espinosa se refirió a la vigencia de los ideales de este movimiento, pero también a la utilización que de él se ha venido haciendo principalmente desde los gobiernos posrevolucionarios.

A la pregunta de cómo un movimiento que se veía endeble desde sus orígenes se convirtió en uno de los más trascendentes, en el ideal campesino no sólo del estado de Morelos, sino de todo el país, el doctor Ávila respondió que ello se debe a la construcción que ha hecho el imaginario colectivo, influido también por la mitología que construyeron los gobiernos posteriores a la Revolución.

“Este movimiento social de clases rurales bajas, con un ideal uniforme definido por su cuartel general —afirmó— portaba la propuesta política más radical y elaborada durante los 10 años de la revolución, que fue expuesta con claridad y sencillez en el Plan de Ayala; éste es producido por un pensamiento campesino que reflexionó sobre su propia historia”. El doctor Ávila aseguró que, de no haber sido por el zapatismo, la revolución sólo hubiera sido un cambio de dirección política en el país.

Recordó que el movimiento suriano realizó una reforma agraria al interior de su propio movimiento; en el constitucionalismo, estas demandas se abordaron con moderación y cautela. Carranza desactivó los avances agraristas que se habían

logrado y fue hasta el gobierno de Lázaro Cárdenas que se cumplió con el reparto agrario.

Al retomar la persistencia y actualidad del zapatismo, el autor del libro Los orígenes del zapatismo, recordó que quienes lo derrotaron se apropiaron de la figura de Zapata, convirtiéndolo en una imagen controlada: hasta mediados de los años ochenta los gobiernos postrevolucionarios reivindicaban la figura de Zapata y el ideal zapatista como el objetivo a alcanzar. Fue después, cuando los movimientos independentistas, más aun con el movimiento zapatista de Chiapas en 1994, lo asumen como el ícono de los movimientos sociales zapatistas no sólo apoyaban el movimiento desde sus comunidades, sino que algunas estaban involucradas de forma más directa, ya fuera preparando alimentos o en actividades de la propia guerra, como la preparación de cartuchos, tendiendo emboscadas o realizando estrategias para despistar al enemigo.